

**Javier Maqua**

**Y UN PAR DE  
HUEVOS FRITOS**



**Madrid, 1995**

## SUMARIO

	<i>Pág.</i>
<b>PRIMAVERA</b> .....	5
El moco .....	7
El encierro .....	9
La perridad .....	11
La huelga .....	13
La caca .....	15
Viaje fin de curso .....	17
Paseínes .....	19
Carta a un insumiso .....	21
El juego de la vida .....	23
Cagar un melón .....	30
Mátalo, mátalo .....	32
Mear largo, mear corto .....	34
Nidos de polvo .....	36
Diario de la Feria del Libro .....	39
El fantasma de la Infanta Mercedes .....	42
El amor en tiempos del paro .....	44

	<i>Pág.</i>
El medio hombre .....	47
La ilusión del fogonero .....	49
El sombrero que perdió papá .....	51
Lo mejor para los hijos .....	53
El caballo de cartón .....	55
Maastricht .....	57
Maastricht (II) .....	59
El <i>strip-tease</i> .....	61
La Fiesta de la Primavera .....	63
Maderos .....	65
El parado, de vacaciones .....	68
<b>VERANO</b> .....	<b>71</b>
Escribid, escribid, malditos .....	73
De la pobreza en verano .....	75
Sindical Park .....	77
Moros en la costa .....	81
Pateras filipinas .....	83
Los chinos nunca mueren .....	85
Crónica del futuro .....	87
El negrito .....	89
Morir a destiempo .....	91
Músicos de verano .....	95
Culpable .....	97
Guau, guau .....	99
El grillo y el esfégido .....	101

	<i>Pág.</i>
El último pico .....	103
Invitation to the <i>blues</i> .....	112
En comisaría .....	114
Mí y Po .....	117
El compromiso .....	119
Camarotes soviéticos .....	121
Aquel verano del 93 .....	124
Triste animal .....	126
Firmas .....	128
La hora feliz .....	130
<b>OTOÑO</b> .....	<b>133</b>
Años de Universidad .....	135
Perlas del Caribe .....	137
<i>El Día del facha</i> .....	139
La sopa a la luz de una vela .....	141
La metamanifestación .....	143
Una tragedia de clases .....	145
Un manjar exquisito .....	147
«Serbiedumbres» .....	149
El muro .....	151
La paz.....	153
Los sin sitio .....	155
Mátame .....	157
Mamá y el Papa .....	159
Cannabis .....	161

	<i>Pág.</i>
Telecadáveres .....	164
Cadáveres soñados .....	166
Niñas bosnias .....	168
El hambre .....	170
Neños bosnios .....	172
Rinconete y Cortadillo en Bosnia .....	174
La caza del <i>Bakalao</i> .....	176
El guiri y el <i>pescao</i> .....	181
Las porras de Roldán .....	183
El valor del cadáver .....	185
El sida y la verdad .....	187
El día del lacito .....	189
Chusma .....	191
El necio y el sabio .....	193
Genio y figura .....	195
<b>INVIERNO</b> .....	<b>199</b>
La noche de Salomé .....	201
Tenis, política y destino .....	206
Chevrolet .....	208
Ni donde caerse muertos .....	210
Rebelión en el mundo suburbano .....	215
<i>Okupación y kultura</i> .....	217
En el reino de las diosas blancas .....	219
Albañiles rurales .....	221
El príncipe azul y el buen gigante .....	223

	<i>Pág.</i>
Dos huevos fritos .....	225
Teleémbolo .....	227
La generación tapón .....	229
La mesilla de noche .....	231
Galeotes del Congreso .....	233
La dormida universitaria .....	235
El trabajo se hereda .....	237
La manifestación estudiantil .....	239
Los ojos del negro .....	241
Catálogo de toses .....	243
Hostia partida .....	245
K. en la OTAN .....	247
A su Señoría .....	249
Christmas Killer .....	251
Felices Pascuas .....	255
Papando noeles .....	257

## El moco

El otro día me pillé pegando un moco debajo de la silla de caoba. Sí, no hace falta que lo digan, una cochinateda, ya lo sé, perdón, no comprendo cómo tengo valor para contarlo, a mis cuarenta y tantos y como un niño, si me ven mis hijos, qué horror, vaya ejemplo, no quiero ni pensarlo, me dan un grito o me encierran en el cuarto de las ratas, a tu edad, Cándido, pegando pelotillas y, encima, disimulando, sí, disimulando, escondiéndome no sé de quién, no había nadie, no había por qué esconderse, o lo pegas o no lo pegas y santas pascuas, asume tu guarrindonguería, leches, de quién te escondes, pues de nadie, de nadie, o sea de mí mismo, y menos mal que me pillé, de milagro no voy y pego el moco sin enterarme y luego ni me acuerdo para contarlo, imagínense, como si jamás hubiera pegado un moco, debo de estar envejeciendo, demencia senil, he perdido el vigilante que llevaba dentro, cuando uno deja de ser niño ya no va por ahí escarbando gusanillos, qué falta de educación, cuando uno se hace adulto es porque ya tiene a papá dentro, su propio policía, pero se ha ido, Dios mío, me está abandonando, te necesito, papá, vuelve a mí, no te vayas, qué será de mí si huyes para siempre, dónde está mi vigilante, dónde estoy, dónde estás, canalla, maleducado, ven Corcuera, papá, por favor, tira las puertas que quieras, patadón y tente tieso, un padre no necesita mandamiento judicial, faltaría más, un padre se aloja en el interior de uno mismo para que no seamos malos, para que no nos meemos en la cama, para que no peguemos mocos bajo la silla de caoba, te lo ruego, Cor-

cuera, no me abandones, adelante, defiéndeme de mí mismo, derriba la puerta de mi casa, allana mi morada, identifícame, espera, espera, ay, no te pases, tampoco es para tanto, papá, lo confieso, soy culpable, lo limpiaré, deja que te explique, el caso es que, bueno, es estupendo ¿no?, no tenía ganas de levantarme, compréndeme, compréndanme, pura pereza, estaba cansado y, ay, ay, miré a un lado y a otro y, como no había moros en la costa, escarbé un poco y zas, ¡uy!, vale, vale, que no soy gitano, los mocos son míos, estése quieto, hago con ellos lo que me da la gana, ¿qué hace?, para ya, papá, no lo haré más, se lo juro, ¡ay!, cantaré, cantaré, viva la Ley de Seguridad Ciudadana, viva el ministro del Interior, viva mi propio policía, viva yo, viva la banda del moco verde, no, no, más no, socorro, socooooor...



## El encierro

¿Quién no recuerda aquellas visitas infantiles de los jueves a casa de tita Clea? Papá, mamá y la tita merendaban pacíficamente en el saloncito, mientras al fondo, tras el cristal traslúcido de la puerta, una luz mortecina señalaba la presencia siempre ausente del misterioso tito Arturo.

Algunos jueves una voz honda —la del tío nunca visto— llamaba desde la habitación prohibida y la anfitriona entraba en el cuarto de Barba Azul, regresando al poco como si nada hubiera sucedido.

¿Quién vegetaba en aquella habitación? ¿Un loco? ¿Un monstruo? ¿Cuántos años llevaba yaciendo en tan triste celda?

No se daban al nene muchas explicaciones por aquel entonces, pero bastaban las escasas palabras de cortesía que cruzaban visitas y anfitriona para comprender que se trataba de un familiar que, víctima de un desengaño amoroso o algo parecido, había tomado la firme determinación de esconderse para siempre. «¡Lo que hace el miedo!», escuchó el nene murmurar un día a su madre. ¡Pobre tío Arturo!

Ahora también al nene, ya crecido y calvo, le ha dado el patatús.

Todo comenzó la semana pasada mientras Lesmes —que así se llama— veía la televisión. En un informativo emitían las imágenes grabadas azarosamente por el cazaladrones de un banco; los inocentes peatones (¿o eran culpables?) cruzaban ignorantes bajo las acacias de la acera, delante de las cristaleras del establecimiento; dos de ellos (según señaló el locutor) eran eta-

rras; un poco más allá, en el espacio-*off*, iba a tener lugar el crimen... Casi inmediatamente, un tranquilo peatón se detenía, de pronto, delante de la videocámara de seguridad del banco y volvía la cabeza, asustado: fuera del alcance del ojo de la cámara (precisó el locutor) los etarras acababan de disparar y un hombre caía asesinado. El peatón echaba a correr y salía de cuadro...

¿El peatón era Lesmes? No es posible asegurarlo; sobre la pantalla del televisor sólo se vio una sombra anónima, de difícil identificación. Sin embargo, para Lesmes no cupo duda alguna: el peatón era él mismo...

Tal vez identificó el establecimiento, quizá pasara por delante del *cazaladrones* aquel mismo día.

¿Ocultaba algo? ¿Estaba engañando a su esposa? ¿Iba a comprar el licor prohibido? No se sabe...

Un sentimiento de culpa atenazó, en cualquier caso, al miserable Lesmes tras contemplar aquellas imágenes en el televisor. Al salir al día siguiente a comprar el periódico se levantó las solapas del abrigo y cruzó a la carrera, aterrizado, por delante de todas las cristaleras. Veía por todos lados la amenaza... Las calles eran trampas mortales... Cámaras vigilantes apuntaban hacia él desde todos los escaparates... La ciudad entera era un siniestro panóptico de ojos acusadores, un laboratorio de vigilancia organizado por el Doctor Mabuse.

El miedo encogió al infeliz Lesmes. No volvió a pasear bajo las acacias. Su culpa es tan pesada que, como su tío Arturo, se ha encerrado en su habitación y ha cubierto con miga de pan el ojo de la cerradura. Por lo tanto, aunque no lo sea, es culpable, culpable de esconderse.

El psicoanalista ha dicho que no está enfermo, sólo es un exagerado. Pero la exageración, en tiempos de miseria, es el único modo de acentuar la verdad. El pobre Lesmes —lo que hace el miedo— se ha convertido en una advertencia viviente, en un bonzo: ojo al parche.